

PAGINA LITERARIA

VISION DEL CREPUSCULO

La viejecito gritando le dice:

—Yo sé más que tú.

Yo he contado al nacer las estrallas,
y sé cuántas mueren por darnos la luz.
Yo conozco del viento los rumbos
y del rayo la senda fatal,
y lo que la luna les dice a los bosques,
y a quién en los bosques se viene a buscar:
al hombre desnudo con negra corona
de arcángel rebelde que mata al besar.....
Y sé cuántos días tiene la existencia
de cada mortal.

Detúvose el fraile y oyó a la hechicera,
surgida a su paso del hondo breñal,
y dijo unas frases, mirando a los cielos,
de fe y humildad.

La vieja responde, riendo con ira:

—Mozo frailecito que mis ojos ven
con boca de hambre, con ojos de fiebre,
con llagas los pies,
si vienes conmigo te llevo a la gruta
del oro en torrentes que sola encontré;
raudal es de cuanto los hombres ansían
y en él, de los goces, se sacia la sed.

Allí Eva te aguarda con manto
de su cabellera, manto de pudor;
más, como de rosa capullos tempranos,
los senos, buscando la luz del amor,
pálidos asoman como dos capullos
nacidos al sol.
Monje miserable que cruzas los montes
hablando a los vientos, y al pecho una cruz,
¿qué buscas dequiera si todo lo ignoras?
¡Yo sé más que tú!

Rozando la frente mordaz de la bruja
un pájaro herido su vuelo abatió,
y aquel leve soplo caído en la tierra
matar, con sus plantas, la bruja intentó.
Más el frailecito, cogiendo en sus manos
el ave que muere, sus ojos miró.
besó de sus alas la inerte blancura,
y el pájaro, alegre, de nuevo voló.
La bruja se mofa y el fraile se aleja,
siguiendo en las sombras el negro breñal...
Y el fraile va triste, rezando en la noche:
—Saber no es amar.

Sofía CASANOVA

DESEOS

¿Que es lo que quisieras tener?—me preguntó mi abuelo cuando yo tenía tres años.

—Un caballo, abuelo. Un caballo con una cola larga, muy larga.

—Deséalo hijo. Deséalo mucho. Hoy, cuando la estrella de la tarde suba por el cielo, vé a aquel montecillo, mira a la estrella y dí: Estrellita, estrellita del lejano cielo, quiero que me cumplas este anhelo. Luego, en silencio, piensa lo que quieras. Haz eso todas las noches hasta que tu deseo se realice.

—¿Y se realizará, abuelo?

—Se realizará.

¡Sabio abuelo! Todas las noches yo subí al montecillo, esperé a que apareciera la estrella de la tarde, dije aquellas palabras y pensé en lo que deseaba. Aquella ceremonia pequeñita se hizo una parte de mi vida. La belleza de la tarde, su hermosa calma y sus agradables sonidos

familiares, sus sombras negras y azules que traían una inmensa paz al valle, el brillo pálido de mi estrella en el cielo opalescente, alimentaron mi almita anhelante de niño hasta que el deseo satisfecho se convertía en fuerza y energía moral.

Nuestros deseos no son cosas perezosas o fútiles—no la clase de deseos de que yo hablo. Hay deseos pequeñitos que son sólo como el aliento del deseo que se pierden y se funden en la procesión interminable de nuestros días. No es de ellos de los que hablo, sino de los deseos profundos del alma, de las metas de nuestra vida, de los motivos de nuestra existencia. Ese deseo es la fuerza poderosa que colora nuestra vida entera. Modela todos los pensamientos de nuestras mentes; dirige todas nuestras acciones; es el principio y el fin de nuestra existencia. Tú tienes tu deseo, el gran deseo de tu vida, y ese deseo te puede hacer o deshacer. ¿Has adivinado su poder?

(Pasa a la 7a. página).